

SAMPLE
TRANSLATION

ALEŠ ŠTEGER
CON DEDOS Y TALÓN

PUBLISHED BY: MLADINSKA KNJIGA, 2009

TRANSLATED BY: MARIA FLORENCIA FERRE

ORIGINAL TITLE: S PRSTI IN PETO

NUMBER OF PAGES: 222

Aleš Šteger: Con dedos y talón

Contratapa

En la palabra talón (pe-ta) se esconde poema (pe-sem). Cuando caminan por el aire, los pies son juglares. Los pasos son los sueños de las piernas, y la canción que los acompaña crea el lugar por el que caminan.

Pero, ¿cómo son los lugares por los que corre, salta o vagabundea, perezosa, la palabra?

Terminales de autobús, metros, puentes, aduanas, cupones de viejos pasajes de avión, umbrales, grutas, zapatos gastados y guantes perdidos. Lugares, pilas de lugares acopiados en nosotros en alguna secuencia íntima, única.

Una especie de caleidoscopio de lugares superpuestos, por el cual mira el recién llegado, el vagabundo, el *voyeur* y el buscón, para ver por un instante una constelación afilada, tal vez hasta epifánica. Un momento antes allí estaba con toda su evidencia, ahora es como una brisa que hace rodar las hojas de otoño por las arboledas de algún poema, se ausenta de todo lugar. Sólo queda el talón endurecido de canturrear y andar, y los dedos que tantean las palabras para nombrar lo que alguna vez supieron.

¿Melancolía? Más bien inventario de cambios y claros reconocimientos, donde la pérdida es el hecho evidenciado y el hallazgo la oración del camino. Un pequeño breviario íntimo... a veces himnario, de la poética de los lugares.

Índice

Diez formas de volver a casa
Dos puertas
Ecos: Ptuj a través del tiempo
Mi Ljubljana
Casi nada
Una ciudad llamada Pusilánime
Guante
Geografía de la casa
Un paso al cielo
Hotel Penélope
Diez cosas para el camino

Al libro y sus lugares al borde

Dos puertas*

Hay innumerables e impropias clasificaciones de escritores que no sirven más o menos para nada. Una de ellas, que no me parece del todo mala, divide a los escritores en dos tipos. Los primeros tienen su escritorio ubicado de tal manera que mientras escriben miran hacia fuera por la ventana; entre el escritor, el texto que compone y lo que sucede afuera en la vereda, en el patio o en el parque, existe una conexión inmediata, incluso tal vez un fluir. El autor como esponja del entorno, que absorbe, a través de quien se filtran las escenas, los pensamientos, los diálogos sin intermediación, dependiendo sobre todo de las mareas, de las constelaciones de cuerpos celestes y del tedio distendido que es desde siempre la madre o al menos el tío segundo de la literatura. El segundo tipo de escritores necesita de una vista limitada si no completamente cerrada; prefiere sentarse a un par de palmos frente a la pared desnuda o, como en mi caso, frente a un estante con libros. Se trata de autores que en general no saben qué hacer con lo que sucede ahora, en este instante, a su alrededor; eso los distrae las más de las veces de sus corrientes internas. Los escritores del segundo tipo bullen en silencio y en el vacío; su método es la pérdida y la búsqueda de lo perdido, y no el seguimiento y el descubrimiento de lo existente. El autor como una ostra; diminutos granitos de arena se adhieren a su concha y acumulan lentamente el nácar alrededor de cuerpos extraños.

Esponjas y ostras. ¿Voyeurs y soñadores? Quizá, pero entonces los voyeurs van tras las perlas, y los soñadores sueñan con una fuerte correntada.

En mi caso no había ni perlas ni corrientes. Tan solo un escritorio sobre el cual apenas había lugar para el ordenador. En el plato junto al ordenador se secaba una pieza de pan a medio comer. La corteza reseca se había humedecido apenas bajo el amarillo brillante de la manteca. Después de pasarle el cuchillo, se abrían grietas en el centro del bolillo. Si las miraba de un lado, estaban envueltas en risas; del otro, en tristeza. Cuando tomé el bolillo –esa máscara del teatro antiguo, cráneo del padre de Hamlet o bola de cristal leudada–, y lo estrujé suavemente en la mano, las grietas se abrieron en una boca que canta, que grita o se asombra.

Un pequeño cuarto de trabajo, crisálida de papeles sin orden y pilas de libros polvorientos en constante peligro de derrumbe. Incliné la cabeza y miré las manchas de sangre que habían quedado en el cielo raso después de matar mosquitos. En las paredes no podría haberlos descubierto, tan abarrotadas estaban de libros y trastos. Dos excepciones: un pequeño espejito mexicano en un marco desvencijado junto a la ventana del techo y un afiche amarillo de *Literaturexpress* con los nombres de las ciudades europeas por las cuales pasaba el tren de los escritores del absurdo y la locura.

Había una excepción más: el certificado de ayudante, enmarcado, que hacía veinte años le había sonsacado a mi abuelo. El certificado tiene a la izquierda del marco con forma almendrada una imagen de un herrero de pecho desnudo, rodeado de herramientas de todo tipo, parado en un

pedestal con la leyenda SHS, rodeado de símbolos de distintos gremios, cajas de panales de abejas y cepillos para chimeneas, sombreros y campanas, reglas y relojes. Al pie del diploma siguen los símbolos en fila: el cuarto desde la derecha tiene dentro de un círculo la imagen de un pretzel y una porción de torta. A la derecha, en elegante caligrafía inclinada, se completan los espacios entre las palabras impresas, ambos registros son a la vez complementarios y extraños: de un lado el orden sistemático de las palabras impresas; en medio, la siempre un poco torcida escritura manuscrita.

La cooperativa de artesanos abajo firmante certifica que Matijas Zorec, nacido el 15 de diciembre de 1914 en el municipio de Kog, partido de Maribor, radicado en el municipio de Kog, partido de Maribor, ha aprendido el oficio de panadería con el señor Matija Zorec en Sveti Rupret en Slovenske gorice, durante tres años, desde el 1 de abril de 1929 hasta el 8 de septiembre de 1931, y ha aprobado con buen resultado la prueba de ayudante ante la comisión gremial de pruebas de la Cooperativa de artesanos unidos en Sveti Lenart en Slovenske gorice hoy, 6 de enero de 1932.

Con base en el informe de su maestro, el informe de la escuela superior de artesanos de Sveti Lenart en Slovenske gorice y el informe de la comisión examinadora, se expide este documento, se dispensa al antes mencionado y se lo nombra ayudante panadero.

Sveti Lenart en Slovenske gorice, en el día 6 de enero de 1932.

Firma ilegible del presidente de la cooperativa

Recuerdo a mi abuelo como un señor cansino, de pelo blanco, parado ante el armario lleno de corbatas que sólo usaba por excepción en alguna visita, un señor que pasó su vejez encerrado en casa leyendo novelas baratas del *Far West* y mirando televisión austriaca. La casa de mis padres estaba en inmediata contigüidad de la de mis abuelos.

Para llegar a lo de Matijas sólo debía correr unos pocos pasos por el patio ensombrecido por las imponentes copas de dos nogales centenarios, inhalar tres, cuatro veces el aire que rodeaba por todas partes al cuerpito infantil y tratar de abrirme paso, girar a la derecha casi sin disminuir la velocidad, pasar junto a la fuente y las dos puertas que conducían al sótano, correr arriba por diez escalones de cemento, colgarme con todo el peso del picaporte espiralado y atravesar el pesado sonido metálico de alivio, con el que se quejaba la cerradura de la gran puerta de entrada, dar tres pasos, colgarme del segundo picaporte, esta vez revestido de plástico negro y atravesar el clic mucho más pequeño e inocente de la cerradura de la segunda puerta al pasillo interior.

El clic de la segunda cerradura no sólo era distinto del sonoro chirrido de la primera, con el que estaba en estrecha proximidad; el sonido del pequeño picaporte negro era lo opuesto del sonido del gran picaporte metálico. Mientras el escalofrío del paso por la primera puerta aún retumbaba

por el oscuro pasillo, el discreto clic abría las puertas salvadoras del bolsillo interior de la casa del abuelo, a la seguridad y el refugio. El chirrido de la primera cerradura resonaba hacia fuera, lejos, en un mundo que era el mundo trasegado de los juegos de luces y estaba construido en las dimensiones de lo inconmensurable, entregado a fuerzas que gobernaban según los dictados de leyes indolentes a los hombres. El segundo clic resonaba hacia dentro, estaba siempre guardado en silencio en las pequeñas puertas de madera del departamento del abuelo. Bajo la presión del picaporte de plástico negro salía del vano, y como un mensajero secreto que con su mensaje bajo la oscura capa parte furtivo por el camino, se alejaba por los muros del pasillo, que como un caracol vuelto hacia la derecha se perdía en tinieblas lentamente hacia la arruga interna de la casa, sin delatar nada sobre ella.

Con este segundo clic de la cerradura mis padres nos dejaban a mi hermana y a mí en las horas más lentas de la mañana al cuidado de mis abuelos. Cuando llegábamos, mi abuelo solía quedarse parado junto a la ventana. De pantalones largos planchados con raya, camiseta y tiradores, miraba hacia fuera detrás de mi madre, que iba haciéndose lentamente más y más pequeña en su bicicleta hasta que su figura era apenas un fantasma diminuto que desaparecía tras la curva. Él se quedaba parado, mirando fijo, en parte la imagen cada vez más pequeña de su hija mayor, en parte el reflejo de su rostro en el espejo de junto a la ventana, que iba envejeciendo, y se afeitaba. O, indiferente, desmenuzaba en su taza de café un trozo de pan que le había traído mi tío la noche anterior de la panadería donde se lo ganaba. No me asombraba cuando algún lugareño en Urban –o Destrnik, como hoy se llama el lugar donde vivíamos–, me decía: ¡Pero si eres el hijo del panadero! Me parecía normal que me tuvieran por el hijo del panadero, cuando había en la familia alguien que trabajaba en la empresa estatal de Ptuj en la que se hacía el pan para todo Ptuj y sobradamente para sus alrededores.

Recuerdo una sola vez que Matijas horneó alguna cosa, habrá sido unos dos años antes de su muerte, o sea, en algún momento del año 1985. La conversación dio lugar a la provocación, las palabras se dieron la mano, hicieron una ronda alrededor del abuelo y ya no quisieron soltarlo. Les dimos vueltas en la boca tanto tiempo que de la rabia se arremangó la camisa blanca, espolvoreó la gran mesada de madera de la cocina y a pesar de sus achaques amasó con movimientos rápidos y precisos, cubrió la masa, más tarde la bajó otra vez y con dos o tres movimientos que probablemente llegaban de algún sueño sin sosiego, formó bolillos y flautas espolvoreadas con comino –*salzstangerl*, como él mismo los llamaba, y que tanto le gustaban a su madre, Barbara, austriaca de Langenleus–. Seis años antes de la caída de la monarquía, ella conoció en Viena a un oficial esloveno del ejército austriaco, en 1910 se casó con él en Trieste, donde él trabajaba, dio a luz al primero de nueve hijos y le puso el nombre de su marido. Cuando acabó la Primera Guerra Mundial, mi bisabuelo Matijas dejó la soldadesca y ancló en el oficio que le permitió presenciar como maestro, veinte años después, la prueba ante la *comisión gremial de pruebas de la Cooperativa de artesanos unidos de Sveti Lenart en Slovenske gorice*, que concluyó con la anotación de un par de palabras en el formulario del diploma de Ayudante entregado a su primogénito, la amarillenta hoja de papel que ahora está colgada en la pared de mi cuarto de trabajo.

Cuando esto escribo, me esfuerzo por que no me salten a la boca fantasías que se despliegan en mis pensamientos, para poder reconstruir los motivos por los cuales mi abuelo Matijas jamás hablaba de su oficio de panadero. En contraparte, contaba siempre y en apariencia sin ningún problema la incomparablemente más traumática movilización del ejército alemán. A diario se sucedían los relatos acerca de los trenes alemanes, que en 1942 llevaban a los jóvenes soldados al frente por las mismas vías que cincuenta y ocho años más tarde zumbaban con la exótica expedición de escritores *Literatuexpress 2000*; contaba sobre dos buques de guerra en los cuales había navegado como marinero por el Báltico y sobrevivido dos veces a sendos naufragios, por segunda vez uno de los apenas cuatro sobrevivientes rescatados después de horas a nado en aguas heladas, sobre su posterior desertión al ejército alemán, su ocultamiento en casa, su partida con los partisanos, su primer trabajo después de la guerra como hachero. Mi abuela se oponía rotundamente a ese oficio. Cuando años más tarde contaba alguna cosa sobre su difunto marido, negaba con la cabeza diciendo: *“Todas las mujeres que le ofrecían comida al pasar tenían el delantal demasiado sucio como para que él probara lo que le ofrecían. Pero habría bebido de sus orinales si le hubieran ofrecido vino o aguardiente.”*

Que Matijas jamás hablara de sí mismo como panadero era tan completamente obvio como el hecho de que antes del almuerzo diario, ante el cual nos sentábamos con mi abuela y mi hermana menor, nunca siguiera la oración con la que comenzaba la abuela; aún más, muchas veces me parecía que rostro huesudo aunque bondadoso dejaba caer alguna que otra frase muy despectiva cuando el padrenuestro llegaba a *danos el pan nuestro de cada día*.

Su silencio era como las dos puertas del sótano junto a las cuales pasaba cada día varias veces en el corto trayecto desde mi casa, a través del patio, hasta la casa de mis abuelos. Aunque atraían mi curiosidad, pasaba junto a las dos puertas sin abrirlas jamás, sin mirar qué había tras ellas. En casa de mi abuelo, que fue la casa de mi infancia, había lugares a los que no entraba, lugares que para mí estaban sellados y prohibidos: prohibidos aunque nunca había habido ninguna prohibición explícita de entrar; aunque siempre me tentó infinitamente entrar, apenas podía fisgonear aquí y allá su interior en compañía de alguno de mis abuelos.

La casa de mi abuelo, en el número 48 de la calle Vintarovci, fue construida en 1878. Estaba dentro de la propiedad de los Potrč, que antes de la Segunda Guerra Mundial tenían un molino a varios kilómetros del pueblo. En la fachada hay una placa de mármol blanco que aún está colgada, con la leyenda: En esta casa nació el doctor Jože Potrč, médico y comunista, luchador infatigable por los valores éticos del socialismo. Otro Potrč, escritor de Ptuj, escribió acerca de Jože –quien después de la Segunda Guerra Mundial fue ministro de cultura y educación, ministro de salud y acción social, y hasta miembro del Comité Central de la Liga de comunistas de Yugoslavia–. Escribió con el estilo distintivo de la politiquería, enfático y predigerido: “El hijo del molinero blanco, como le decían en Janežovci al padre de Jože, ‘era un doctor del pueblo’, un señor del pueblo, es decir, en el verdadero y noble sentido de la palabra, un ser humano del

pueblo, y ‘fue a estudiar para doctor’, para poder ayudar al pobre pueblo en sus infortunios –por eso el señorío no lo soportaba, y por eso lo persiguió y encerró–.”¹ Después de la guerra, Potrč se transformó en el padre de la ética socialista, en particular la ética médica. La obra de toda su vida consiste en el primer código de los trabajadores de la salud de Yugoslavia recibido dos meses después de su muerte, en octubre de 1963.

1. Ivan Potrč, “Kako je premalo prav tega dr. Potrča med nami” [Hay pocos entre nosotros como aquel doctor Potrč], en *Potrčev veliko izročilo* [El gran legado de los Potrč], Ptuj, Zgodovinsko društvo Ptuj, 1964, p. 39.

Cincuenta años después, el lenguaje del hombre, cuyo nombre cincelado en mármol blanco me miraba pasar todos los días cuando iba a lo de Matijas o volvía, parece de otro planeta. Cuando leo: “la educación sexual debe servir para la profundización de las relaciones socialistas”, a las cuales –y con ellas al grado máximo del humanismo–, según Potrč, sólo es posible llegar “con la completa conjunción del amor sexual y no sexual”, pienso sinceramente en el dramatismo con el que tienen que haber soplado los vientos y los tiempos para confiscar la lengua y las costumbres, al punto de que se nombre a las cosas de esa manera.

Pienso ante qué ideologías lingüísticas estamos ciegos hoy, porque seguro lo estamos; eso si y sólo si la historia nos enseña algo. Ciego, enceguecido o corto de vista por cumplir órdenes estaba Potrč cuando en el invierno de 1951-1952 en su discurso de celebración de la semana de los ciegos atacó a Edvard Kocbek. Acusó a Kocbek de ceguera moral y en su persecución a su antiguo compañero partisano desempeñó un papel parecido al de su tocayo escritor de Ptuj. De manera encubierta, ambos separaron la paja del trigo comunista.

La persecución a Kocbek se desató justo cuando Matijas, que conocía a Jože cuando aún era un abnegado médico local en motocicleta, acordaba con el padre de Potrč la compra de la casa de mi infancia, a la cual le correspondía también un pequeño terreno. La casa estaba deshabitada desde hacía algunos años. Antes de la guerra ya funcionaba ahí la panadería. Durante la guerra la habían transformado en un arsenal y una prisión. Un destino cínico hizo que el levantamiento armado contra la ocupación nazi en la parte noreste de Slovenske gorice haya tenido su primer apogeo con el ataque partisano a la casa natal del futuro padre de la ética socialista la noche del 7 de junio de 1942. En el travesaño superior de la cruz de hierro de la ventana tras la cual se afeitaba mi abuelo todas las mañanas después de la guerra y tras la cual cada mañana vivía mi soñadora infancia, hay un orificio que dejó uno de los proyectiles partisanos disparados durante el ataque al arsenal. Después de la guerra siguieron dos intentos infructuosos de reanudar el funcionamiento de la cuadra de panadería. Luego llegó mi abuelo con poco dinero, su mujer, un hijo que se llamaba igual que su padre y que él mismo, y una hija que se llamaba Kristina como mi abuela. Y con el certificado que en mi cuarto de trabajo en Ljubljana cubre la pared blanca.

Lo blanco vincula el mármol, las paredes, el papel y el pan. En la harina desaparecen los dedos,

salen letras, lo blanco aparece ante mí en la pared. Hay una prueba muy antigua. Hundimos levemente los dedos en la masa levada. Si la huella desaparece después de algunos instantes, la masa ya levó por completo. Si la palabra que escribo es palabra presente y a la vez mesurada, aparentemente palabra perdida, palabra en equilibrio con alguna otra palabra que escribo, si los despeñaderos de sus significados están nutridos, si la superficie del significado, que se viste como la piel a través de las letras, es elástica y tensa, si ante la presión vuelve sola a su lugar, entonces el texto es sabroso. Blanco.

Dos puertas como dos temores. Para llegar a lo de Matijas sólo debía correr algunos pasos, exhalar tres, cuatro veces el aire que ardía en los pulmones como en un horno, quería reventar el cuerpo, salir de las venas, los poros y la cabeza y las puntas de los dedos, correr por el patio ensombrecido por las imponentes copas de los dos nogales, girar a la derecha casi sin disminuir la velocidad, pasar junto a la fuente y las dos puertas que conducían al sótano. Detrás de la primera estaba la prensa, un espacio enorme lleno de trastos, con una luz mortecina que entraba por el vidrio sucio de la única ventana; del techo colgaban pesados telones de moho y telarañas. Detrás de la segunda estaba el depósito de leña y carbón. Cuanto más me adentraba en ese lugar, más negro y frío estaba. Cuando niño sabía que ese lugar no tenía fin, que seguía bajo la tierra al otro lado del mundo, donde todo está limpio como de nuestro lado, pero cabeza abajo, mundo al revés, mundo errado, no mundo.

En la oscuridad había un espejo, y la oscuridad estaba ahí para que en el espejo que nos mira sin cesar no nos viéramos a nosotros mismos.

Esta segunda puerta del sótano servía durante la Segunda Guerra Mundial como puerta de una de las habitaciones del arsenal destinadas a los prisioneros. Los datos sobre los detenidos, torturados e interrogados no se conservaron. El ataque de la compañía de Slovenske gorice no fue victorioso. No lograron salvar a los compañeros trabajadores detenidos Marija y Franc Rajšp ni a Vincenc Fric, que murieron todos más tarde en campos de concentración. Sólo se conservó el olor a moho, el eco silenciado de los pasos de los transeúntes por la calle del otro lado, la voz muda de los otrora detenidos, que se posó como un hongo en la pared, en la oscuridad de los muros y que suscita en el recién venido –tras el cual podría cerrarse la puerta por una corriente de aire o por una broma o por el terror, y dejarlo por un momento en penumbra–, la urgencia de repetir en voz baja para sí el *ayúdame* de los prisioneros.

La primera puerta del sótano era la puerta de la cuadra de la panadería. El horno, que junto con el terreno compró en cuotas mi abuelo en el año 1952, se llamaba horno panadero de Štajerska. En él entraban de una sola vez sesenta kilos de piezas de pan y su cavidad aún estaba recubierta de arcilla. Ni bien se reabrió la cuadra de la panadería, apareció una oportunidad excepcional. En la panadería Drava, de Ptuj, cambiaban el horno y vendían el horno radiante de fabricación alemana. A diferencia del de Štajerska, que se alimentaba por adelante, el fogón del horno radiante se alimentaba por atrás; el calor se esparcía por las tuberías alrededor del horno, en el

cual entraban de una sola vez hasta 110 kilos de pan. En casa de mi abuelo lo instaló el hornero Škrget, de Maribor, de quien se decía que hacía su trabajo en forma magistral, y nunca faltaba el comentario de que en una semana, que es lo que duraba su trabajo, se despachaba medio cerdo y lo regaba con una bota de vino de Šmarnica.

Dos aprendices, mi tío y mi abuelo horneaban, y por la mañana repartían el pan en los pueblos vecinos. Me imagino la frescura del rocío matinal, el ulular del mochuelo en el valle, las estrellas, que de un momento a otro se apagarán, los primeros grillos. En el patio, ante la puerta de la panadería, mi tío, con apenas 15 años, se carga a la espalda una cesta tejida con 25 kilos de hogazas y 30 kilos de bolillos, y parte a Vitomarci, a 12 kilómetros. Tiene que llegar a las 8, cuando abre la panadería de allá. Mi abuelo se sienta en su motocicleta –cargado con una cesta igual–, y sale hacia Trojica; en el camino de ripio saltan las piedras detrás de la motocicleta, en las granjas linderas la gente se da vuelta para mirar el haz de luz en medio de la noche. Me imagino: un cielo de cristal de hielo, la penumbra desparramada en miles de estrellas, la nieve intacta que sostiene los pies de mi tío, sin que se hundan, las nubecitas blancas del aliento que salen por debajo de la bufanda; Matijas, que con su motocicleta sigue las huellas resbaladizas de la senda, el frío que muerde como una rata hambrienta, el traqueteo del motor, la luz mortecina que proyecta la sombra de los cristales de nieve centelleantes prek zaplan.

Imagino a todos los otros repartidores, a Ignac el de los Bračič, que cada dos días llevaba el pan en carro a Selci. Imagino a Franc el de Lovrenčič, a Janez el de los Bohl y a los dos Ernestos, de los Urban y de los Mesarč, que por llevar una cesta de pan a 15 km los domingos, recibían a cambio dos cajas de cigarrillos baratos y una pieza de pan bajo el delantal. Traer un pan fresco a casa significaba traer un kilo entero de orgullo.

Imagino el gentío después de la misa del domingo, cuando la gente salía de la iglesia y se arremolinaba en la panadería. Recuerdo los pancitos del abuelo, horneados sólo y únicamente después de largas horas de insistencia, provocación y súplicas. Él de ningún modo quedaba satisfecho. No hay buena harina, decía. No hay buen aceite, refunfuñaba. Los bolillos se untan con aceite de colza, esto les da su sabor y brillo particular. Pero en los años ochenta ya no teníamos aceite de colza. Como ya no había desde hacía mucho huevos de Truman.

En los años cincuenta, Yugoslavia recibía la ayuda de los aliados. A la panadería, además de *unre*, harina blanca californiana, llegaban envíos de huevos en polvo, llamados con el nombre de su remitente, el presidente estadounidense Truman. El polvo debía usarse rigurosamente sólo para el pan que iba a las escuelas. Pero cuando el abuelo no estaba en la panadería, mi tío y los aprendices traían la sartén que escondían tras el horno, mezclaban huevos de Truman en polvo con un poco de agua y hacían un panqueque grueso en aceite de colza dentro del horno radiante.

Con el horneado estaba asociada una incesante lucha por la harina. El estado ajustaba cada vez más su política impositiva hacia las pocas empresas privadas que quedaban. Se ordenaba la

provisión regulada de insumos a precios que obligaban a los privados a dejar de producir. A Matijas le correspondía un cupo determinado de harina del productor estatal *Intes*. Algunas veces al mes llegaba desde Maribor un camión con 90 bolsas de 60 kilos de harina. Por otro lado, el abuelo aún estaba pagando la propiedad a los Potrč. Los intereses subían, los viejos acuerdos habían cambiado después de la muerte del padre de los Potrč y el abuelo estaba en graves aprietos económicos. Lo que siguió fue comprar la harina en el mercado negro, traerla por la noche, esconderla de los inspectores, que por suerte se olvidaban de mirar bajo los escalones que entonces iban desde la cuadra hasta la tienda, y hoy, como una forma de recuerdo, están tapiados bajo la alacena de mi tío, que aún vive en la casa del abuelo. A la vez se hablaba de expropiaciones, de colectivización, de la ética económica del socialismo. Pero en cuanto a eso, Matijas siempre callaba. Era un hombre callado; en su interior callaba, en el exterior era cada vez más silencioso, con una sonrisa decepcionada.

¿Existe acaso una política del silencio? ¿Quién escucha la respuesta del silente? ¿Para quién es el silencio sólo un espejo para sus propias preguntas...? ¿Ocasión del propio alivio, polígono para egotrip?

Mis preguntas: ¿Qué le pasaba a Matijas al final de la guerra? ¿A quién temía, por qué en los primeros meses de la posguerra ocultaba que había sido partisano? ¿Qué pasó con su hermano menor, Fredi, que fue detenido varias veces después de la guerra, torturado y que finalmente escapó a Alemania? ¿Por qué lo detenían? ¿Por qué estuvo el menor de los hermanos de Matijas, Ernest, detenido en la cárcel de Stari Pisker, en Celje? ¿Por qué el abuelo jamás hablaba de estas cosas? ¿Cómo era Fredi? ¿Sería blanco, de harina? No, eso no, contesta la abuela. Eso no, contesta el tío. ¿Qué pasó? ¿Estaba en contra? ¿O, lo que entonces era probablemente suficiente, no estaba a favor?

Las respuestas son silencio. El silencio es como pan viejo. De él nadie osa decir nada, en silencio se lo engulle y se lo traga. Y los comensales están cada vez más hambrientos y mudos.

Como el pan del que mi abuelo cortaba un gran pedazo con los dedos, lo salaba y espolvoreaba con una gruesa capa de pimienta, hasta que bajo el negro manto no podía reconocerse qué había abajo. Este pan era lo que más le gustaba comer a mi abuelo en su vejez.

Recuerdo, dice mi tío, era en diciembre de 1956 antes de san Nicolás. Teníamos muchos pedidos, teníamos que hacer mil cuatrocientos bizcochos con forma de diablitos: *parklji*, para la mañana siguiente. Cuando por la noche armamos la masa y cortamos los primeros seiscientos, les dimos forma, les pusimos las lengüitas, decoramos los cuernitos y estaban listos para hornear, afuera, en la entrada de la panadería, algo empezó a sonar. Matijas salió. Era un crudo invierno, un metro y medio de nieve. En la blanca oscuridad estaba parado el vecino del padre de Matijas, que vivía en Sveta Trojica, a 14 kilómetros. Ven ya mismo, tu padre se muere. Esta fue la primera vez que el tío quedó solo a cargo de la panadería. Matijas les pidió a su hijo y los aprendices que

hicieran lo que pudieran y desapareció con el recién llegado entre zaplana de los cristales de nieve centelleantes. Aquella noche murió el hombre que mereció el certificado de ayudante que está colgado en mi estudio; la mano de Matijas el viejo en la mano de Matijas el joven, una media hora después de que este último llegara a Trojica, a la madrugada. Mientras tanto, el trío de los jóvenes, con el más joven Matijas, hornearon mil cuatrocientos bizcochos sin quemar ni uno solo.

Recuerdo, dice mi abuela, era enero de 1954. Afuera había mucho hielo, soplaba un viento helado y venenoso. Habíamos traído a Kristika, mi otra hija, del hospital. Nos habían dicho que no había nada que hacer. Que tenía la misma enfermedad que acababa de matar al compañero Boris Kidrič. Y que Kidrič había tenido al doctor Potrč y a su equipo, que había tenido hasta médicos ingleses y americanos y no había habido nada que hacer. Probamos con Korošec, que por aquí era un respetado médico naturista. Le dio a la criatura vino tinto en el cual había que remojar un rato clavos oxidados. No ayudó en nada. El cáncer en la sangre avanzó. Kristika estaba en cama, las últimas semana quería ponerse a toda costa el reloj pulsera de su tía. De pronto empezó a quejarse, mamá, tengo calor, sacame el reloj. Se lo saqué y lo puse en la mesa de luz junto a su cabecera. Después se quedó tranquila, pero después de un momento arrojó la frazada como en un espasmo. Todo su cuerpo temblaba. La tapé. Después de un rato volvió a arrojar la frazada y así varias veces. Empecé a gritar, Kristika se me muere. Todos llegaron corriendo desde la cuadra. Su hermano Matijas, con quien esa misma mañana se había puesto a cantar canciones que habían aprendido en la escuela, se arrojó al suelo y se puso a gritar. Kristika estaba tendida con los ojos abiertos hundidos en la almohada. Al día siguiente, Matijas descubrió que en aquel momento uno de los aprendices le había robado el dinero que había dejado en la cuadra, pero nunca investigó quién ni cómo. Sólo estaba un poco más silencioso.

Imagino: el silencio crecía por el rostro de mi abuelo como una sonrisa muda y decepcionada ante la evidencia de su propia decepción.

Miro la pared blanca. Luego miro el lomo de los libros, pero no leo los títulos. Sólo miro sin ver nada. Miro e imagino.

Imagino: la corrida de mi abuelo ante el llamado del vecino de su padre en medio de la noche, la corrida ante el grito de su mujer. La corrida desde la panadería al mundo externo. El mundo donde se morían, donde hacían inspecciones, donde recaudaban impuestos, donde regateaban y sobornaban, donde verificaban lealtad a las organizaciones políticas, donde con uñas y dientes persuadían, seducían, eliminaban, regulaban (jerarquizaban? delati red), imprimían formularios, certificados de ayudantes, declaraciones de impuestos, títulos de propiedad, letras de cambio, certificados de defunción. Al mundo de las veloces palabras preimpresas.

Dos sótanos, dos puertas. La primera puerta a la panadería, al mundo interior. El horno como calor del mundo interior, como lugar donde al fondo del sótano la harina sucia de centeno y

trigo, los huevos de Truman, el agua turbia, la sal en polvo, la levadura y el azúcar se vuelven como por misteriosa alquimia, un alimento humeante y delicioso. En ese momento existe un único mundo de ensoñación segura junto a la puerta abierta del horno, un mundo que cuida que la masa no se enfríen en una corriente de aire, que las hogazas no se doren exageradamente, que los bolillos tengan una terminación tersa. Toda la libertad y el compromiso de esa forma de vida está aquí, en esta transformación, aquí, tras esta puerta, ocurre en silencio y hacia dentro, arde en la lengua de las llamas en medio de la noche.

Dos sótanos, dos puertas. La segunda puerta a la prisión, al frío, a la podredumbre, a la incertidumbre, a la posible perdición. La puerta a la oscuridad. La puerta que significa el mal destino. Cavilación desesperada, quién dijo qué, quién mintió, quién denunció a quién, quién, dónde, a quién. La puerta tras la cual está la caída al abismo de las preguntas. No existe ningún otro mundo que valga la pena vivir sino el mundo de afuera, tras esa puerta. Todo cuidado, todo pensamiento, todo deseo de seguir viviendo está dirigido allá, a la puerta en lo oscuro, con la esperanza de que se abra. Toda libertad se encoge ante la imposibilidad de salir por esa puerta, ocurre como un puño cerrado en desesperación, como un monólogo a media voz, como el gemido mudo, como delirio y ajuste de cuentas.

Dos sótanos contiguos. El interior, que es una vez apertura, otra el límite de la existencia. Apertura de la puerta que una vez significa libertad, otra deportación. Dos puertas contiguas, dos misterios, dos sótanos, dos imágenes, cavadas en mi infancia como los huecos de los ojos en el cráneo.

Forlenger es un germanismo que dejó de usarse cuando se acabaron las pequeñas panaderías. Es el nombre de un palito de madera redondo, de unos 30 centímetros de largo. Los panaderos hundían el *forlenger* en los pequeños bollos de masa para hacer el tajo que divide al bolillo en dos mitades. Dos mitades de un bolillo, dos sótanos, dos puertas de una casa. Muerdo el bolillo, como, pronuncio lo que siento como si hubiera flotado largo tiempo en la cresta del silencio. Pronuncio con la boca llena, con los ojos emocionados. *Forlenger*, alargador. Lo que está antes, *vor*. Y lo que alarga, *Länge*. La palabra conduce a un círculo, a un movimiento que se repite, a un alargamiento. Dos partes, dos contrarios, dos puertas, dos mitades del bolillo, ambas sustentadas en la otra parte, dos círculos unidos, *speta kroga*, un ocho y a la vez el signo matemático del infinito.

Cuando hoy cruzo el patio, paso junto a la fuente de hormigón resquebrajada y las dos puertas del sótano. Mi tío cortó hace algunos años los dos nogales centenarios. Quedaron sólo dos troncos vacíos, vigilantes amputados ante la casa, que se cubre cada vez más de un manto de campanillas invisibles de olvido.

En el año 1960 mi abuelo cedió por fin a la persuasión de mi abuela, a quien varias veces le habían advertido por lo bajo que amenazaban con nacionalizar la panadería y el predio. Mi abuelo

desinstaló con sus propias manos el horno radiante, el orgullo de su panadería, lo vendió en Križevci, en Croacia. Con el dinero pagó las deudas y salvó el resto de la casa y el predio. Durante un tiempo intentó adaptar el local de la vieja panadería para cambio de harina por grano, más tarde puso una pequeña tienda, pero el negocio nunca más prosperó. Pronto quedó sin trabajo. Se empleó como cargador en Ptuj, en la panadería estatal. Cada mañana, con su motocicleta marca DKW, con la cual apenas un año antes transportaba su pan, conducía a la ciudad a 10 kilómetros de distancia. Se veía como un par de alas negras de un pequeño cuervo sin cuerpo en la enorme motocicleta, dice la abuela, cada vez estaba más huesudo.

Imagino: Matijas escucha en silencio a sus superiores, cumple sus deberes laborales, hojea las páginas de su libreta de aportes, cuenta los años, los meses, los días hasta su retiro, que llega con anticipación. Una trombosis y la daño parcial de las válvulas coronarias. Hasta su retiro estaba en su lugar de trabajo siempre media hora antes de la hora de entrada. La puntualidad es su principio. La puntualidad es el principio también de mi tío, que está empleado en la misma panadería, en el horno. Es mucho más grande que el que alguna vez había en casa, entran 300 kilos de pan de una sola vez.

A mi alrededor, en cada momento, está Matijas en alguna parte, va a su sótano, desarma su horno, se despide de la alquimia, apaga el fuego, el externo, el interno, vende el último ladrillo del horno, el panadero Matijas, que come sólo pan ajeno, que está de pie junto a la puerta de un almacén ajeno, firma remitos, hojas de ruta, revisa cuántas bolsas de pan se despacharon, cuántas volvieron, asiente. Asiente. Afirma la protesta, sorbe a escondidas el aguardiente casero que tienen escondido los empleados en el almacén. Calla. Intenta pensar cada vez menos, recordar cada vez menos. Matijas, que intenta sobrevivir, en silencio.

Masticar el silencio. Estar parado entre la ventana y reflejo cada vez más antiguo de las mejillas sin afeitarse en el espejo mexicano. Esperar que en un par de oraciones del demonio, que nunca se desplegaron en algo más, arda la brasa. Que alumbre las dos puertas.

* *Hlebci* y *žemlje* son tipos de panes que no tienen una correspondencia clara en español. Traduje por hogazas y bolillos. *Parklji* [*Krampus*] son bizcochos que se hacen para el día de San Nicolás, 6 de diciembre. Lo dejé en esloveno agregando la descripción.